

LIRA INTIMA

¡Ah, mis versos! Puras flores milagrosas de mi alma,
que brotaron sin esfuerzo de mi espíritu en la calma,
que nacieron y tremaron en profunda vibración,
que alegraron mis hastíos en la hora silenciosa,
que me ungiéron de ideales esta vida dolorosa,
que trajeron a mis nervios la anhelada sensación.

¡Ah, mis versos! ¡Mis ensueños! ¡Mis delirios redentores!;
los que ahuyentan mis pesares y ennoblecen mis amores,
los que nimbán como a un santo mi amplia frente de mortal;
los que pñen en mi vida la sublime y suave nota
que hace fuerte la victoria y hace dulce la derrota,
los que aroman de fragancia mi anodina vida igual.

¡Ah, mis versos! Pura esencia decantada de mi vida,
tan cuajada de pecados, tan doliente por la herida
que le abriera en la esperanza la ilusión que no cuajó.

Al sentir que se moría
en el alba de aquel día

¡la he llorado en estos versos, que hice yo!...

¿Qué me importan ni la gloria, ni el misterio de la nada?

¿Qué me importa que, de un tajo, me siegue la Descarnada?

¿Qué la verdad mentirosa de vivir?

Yo, montado en el Pegaso de mis sueños juveniles,
sólo ansío en estas horas, ardorosas y febriles,
la dulzura de mis versos y la gracia de morir.
En mi pluma encierro un mundo infinito de quimera,
enmarcado entre las rimas; ya la vida aventurera
va llegando, trabajosa, al oscuro más allá.

¡No me importa! Si hay quien sepa mis estrofas de memoria;
en el reino de los muertos ya no hay laureles ni gloria,
ya no hay locas vanidades... ¡qué más da!

FELIX VALVERDE GRIMALDI

EL LIBRO DE JOSE LUIS COTALLO

Una faceta interesante del extremeñismo

PROMETIMOS en un artículo de «Extremadura» ocuparnos más ampliamente del libro de José Luis Cotallo «Extremadura y el Franciscanismo en el siglo XVI» y anticipábamos la impresión sobre la trascendencia del asunto, al parecer insignificante.

Decía Menéndez y Pelayo, y lo atestiguan asimismo otros muchos pensadores e historiadores serios, que la importancia de la historia no estriba en referir los episodios de las guerras, ni las victorias de los ejércitos, ni el esplendor de las cortes, ni los períodos de prosperidad de las naciones, sino que hay otras facetas más ocultas y al parecer insignificantes que son las causas verdaderas del engrandecimiento de los pueblos, así como de su decadencia, que no suelen sobrevenir una y otra de improviso por aquello de que «nemo repente fit summus».

Esto sucedió con nuestra grandeza española en el siglo XVI, por todos reconocida y por ninguna otra nación igualada ni en calidad ni en extensión.

No fueron ciertamente las victorias insignes de los Reyes Católicos y de los primeros Austrias, ni las proezas de nuestros conquistadores, ni las elucubraciones de sabios, ni las maravillosas obras de nuestros artistas y literatos las causas de aquella «empinación española» de que habla el Cura de los Palacios.

Esas manifestaciones son más bien efecto que causa, como el vigor, la alegría y la actividad del organismo son manifestación de la salud, que es la que vivifica a los miembros.

El Libro Sagrado, con su gran perspicacia y admirable concisión, lo dice en esta sentencia: «La justicia eleva a los pueblos; el pecado los hace miserables».

Reconozcamos que no era el mundo un prodigio de moralidad y de santidad en el siglo XV, ni—por lo que a nuestra España respecta—el reinado de Juan II y Enrique IV, que precedieron al de los Reyes Católicos. He aquí la descripción que hace Mourret en su monumental historia del «Renacimiento y la Reforma»: «No puede darse, dice, una explicación completa de la revolución religiosa y social en el siglo XVI, sino mediante el estudio de las perturbaciones religiosas, sociales y políticas que agitaron a los siglos XIV y XV. El gran Cisma de Occidente hace tambalear la autoridad de los Papas; la vida mundana de las altas jerarquías aumenta su descrédito; la mala voluntad, y a veces la oposición abierta de los Príncipes, inspirados por los legistas, embarazan la acción de la Iglesia; la embriaguez del saber, la pasión del arte y la literatura desarrollan en las almas un espíritu de independencia peligrosa; la decadencia de la escolástica favorece la tendencia de un misticismo sospechoso, la rápida forma-